

CONECTADA AL PASADO PERO NO ATRAPADA POR ÉL

Colombia. A Concise Contemporary History^{*}
Michael J. LaRosa and Germán R. Mejía
Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 2012, 263 p.

Este texto de síntesis – una historia concisa y contemporánea de Colombia, como reza su título – busca ante todo atraer a un público no especialista, presumiblemente estudiantes extranjeros angloparlantes. Su lectura refleja el conocimiento de los autores sobre los avances de la historiografía colombiana, incluidos trabajos de reciente investigación en Colombia y en el exterior. Michael LaRosa es profesor asociado de historia en Rhodes College, en Memphis, Tennessee, Estados Unidos, y Germán Mejía Pavoni lo es en la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá.

El libro está dividido en diez capítulos y una conclusión; como anexo aporta una cronología temática de acontecimientos políticos, socio-económicos y culturales, que abarca de 1810 a 1991, muy útil para los no iniciados. Le sigue una bibliografía selecta y un índice onomástico. Tiene, además, inserto en la mitad del texto, un «Photo Essay», que consiste de 16 fotografías escogidas, de distintos lugares, personas y tiempos en Colombia, tomadas de la personal colección de Mejía Pavoni y del archivo de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, que es una de las colecciones fotográficas más completas del país.

Algo que distingue a este texto de las obras de síntesis sobre la historia de Colombia publicadas en las dos últimas décadas es el tono moderado y ecuánime en que está escrito, más inclinado a ponderar la capacidad de supervivencia del país que a condenarlo como un caótico fracaso. Lo anterior se corrobora con la positiva percepción de Colombia que dejó este texto en algunos de sus lectores en el exterior, como podemos inferir de la reseña que hace Laura Jaramillo para la revista *Harvard Review of Latin America*, y que titula «La Colombia optimista» (Jaramillo Bernal, 2013). Jaramillo, una colombiana que emigró a Estados Unidos desde los trece años de edad, contrasta esta historia con la visión sombría que sobre Colombia suele divulgar la literatura académica y la prensa internacional. Trae a colación la historia de Colombia que publicó David Bushnell en 1996, en

^{*} Las citas del libro fueron traducidas del inglés por la autora de esta reseña.

la que muestra un país inestable, sangriento, casi inviable, «una nación a pesar de sí misma,» como rezaba su subtítulo (Bushnell, 1996). Un pesimismo parecido refleja la obra de Frank Safford y Marco Palacios, *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida* (2002). Según Laura Jaramillo, el texto de LaRosa y Mejía forma parte de una nueva tendencia académica y periodística que muestra a Colombia bajo otro matiz, como un país que ha experimentado una lucha catastrófica contra la violencia armada y el crimen organizado, pero también que ha tenido una democracia y una economía saludables, y que ha sido bendecida por su riqueza cultural.

La nueva actitud hacia Colombia, menos pesimista que la de Bushnell y Safford y Palacios, es tal vez el reflejo de los cambios que han tenido lugar en el manejo del conflicto armado en los últimos diez años. Como consecuencia, han disminuido la violencia y el narcotráfico, mientras que las historias de Bushnell y Safford y Palacios fueron escritas en los años más crudos y desesperanzados del conflicto. Los autores del libro lo explican de otra manera. Según ellos Bushnell y Safford y Palacios estudian a Colombia comparándola con naciones del Atlántico-Norte; por lo tanto, llegan a otras conclusiones. Es por esto, dicen LaRosa y Mejía, que ellos en su libro evitan las comparaciones estándares, y no se apoyan en una división artificial secular para subrayar los períodos más significativos de la historia de Colombia. En la Introducción, por ejemplo, se lee: «(...) Bushnell, Palacios y Safford estudian a Colombia comparándola con los países del Atlántico Norte: naturalmente, “fragmentada y dividida” son conclusiones a las que llegan al comunicar un estado de casi perpetua inestabilidad» (p. xix).

Un acierto del libro es que los capítulos están organizados por temas, en lugar del tradicional ordenamiento cronológico que predomina en estos casos. Los profesores LaRosa y Mejía, con mucho tino, eligieron diez temas que consideraron representativos para contar la historia de Colombia, uno para cada capítulo. Ello permite al lector ir directamente al tópico que sea de su mayor interés sin necesariamente tener que pasar por los capítulos previos. Los temas elegidos pertenecen a la historia política, socio-económica y cultural, procurando siempre contextualizarlos bajo un enfoque comparativo equivalente con otros países de América Latina.

Otro acierto de la obra es que los autores se centran principalmente en la historia más reciente de Colombia, es decir, el período comprendido entre 1800 y el presente, sin subestimar por ello lo más significativo del período colonial. La decisión de centrar el trabajo en los siglos XIX y XX es clave porque es el período de

nuestra historia que más directamente ha afectado la percepción del país, tanto interna como externamente. Siendo dos siglos tan llenos de conflictos, en ocasiones ha distorsionado nuestra historia, asimilándola a la de la violencia. De esta manera los autores, como dicen en la introducción, obtienen un resultado que tiene la virtud de ser una historia de Colombia «(...) conectada al pasado pero no atrapada por éste.»

Siguiendo este orden de ideas, debo decir que uno de los temas que encontré de mayor interés fue el capítulo quinto, titulado «Conflicto». Allí se ofrece un amplio panorama de las distintas guerras que ha soportado Colombia, desde antes de la Independencia hasta el presente. La información está organizada en torno a cuatro categorías: la política, las relaciones internacionales, la estructura social y los narcóticos. Allí plantean aquellas situaciones críticas de distinta naturaleza que terminaron en ejecuciones o en enfrentamientos violentos. Hacen hincapié en los diferentes orígenes de la violencia a lo largo de esos siglos, distinguiendo las guerras civiles del siglo XIX, de la violencia partidista de los años cuarenta y cincuenta, y de la compleja y más generalizada violencia de la década de 1990, protagonizada por varios actores armados. Todavía nos conmueve como algo inaudito, entre tantas víctimas, recordar los cuatro candidatos a la presidencia de la República que en 1990 fueron asesinados por la mafia. Eran varios los ejércitos irregulares y grupos alzados en armas a finales de la década de los noventa, enfrentados en distintas regiones del territorio colombiano, como bien lo expresan LaRosa y Mejía en uno de los apartes de este capítulo:

A finales de la década de 1990, las FARC y el ELN combatían al ejército, los AUC combatían a las guerrillas de izquierda, y el ejército supuestamente combatía a las AUC a las FARC, y al ELN, y los barones de la droga combatían al gobierno mientras en forma simultánea combatían y colaboraban con la guerrilla. Fue una época confusa en Colombia y, en la confusión y el caos, mientras crecía la cuenta de los muertos, el país parecía entrar en un espiral fuera de control (p. 91)

Creo que ni las desapariciones forzosas del Chile de Pinochet, ni las acusaciones de las madres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires, ni la Nicaragua de Somoza, ni los conflictos armados en Guatemala o El Salvador pueden equipararse a las historias de terror que hoy se están conociendo sobre ese período de la historia colombiana. No existe un caso paralelo en toda América Latina (con la excepción tal vez de lo que atraviesa México hoy) que pueda compararse con la violencia de

esos años oscuros en que combatían en forma simultánea en el territorio colombiano tres ejércitos irregulares y la organización criminal del narcotráfico.

También destacan LaRosa y Mejía la resistencia («endurance») de los colombianos y la larga secuencia de oportunidades de negociación que han ofrecido los distintos gobiernos a los grupos armados protagonistas de la guerra en el territorio nacional. Señalan cómo distintos gobiernos se han arriesgado a ensayar estrategias para solucionar la sucesión de violencias que ha padecido el país por causas distintas: La violencia partidista de los años cincuenta tuvo la amnistía ofrecida por Gustavo Rojas Pinilla, y en 1958, el polémico pacto inter-partidista, conocido como el Frente Nacional, que significó una corta tregua, pero que tuvo consecuencias funestas. A mediados de la década de 1980 el presidente Belisario Betancur decretó una amnistía a los alzados en armas. Luego, al finalizar el siglo, el presidente Andrés Pastrana cedió 42.000 kilómetros cuadrados a la guerrilla en la zona del Caguán, seguida de la ofensiva del presidente Álvaro Uribe, ante el fracaso de la estrategia pastranista. Y el actual proceso de paz del presidente Santos, de nuevo, después de ocho años de fuerte ofensiva militar del gobierno contra los insurgentes.

En el último capítulo, titulado «Colombia y el mundo», los autores vuelven sobre el tema para recalcar cómo la profusión de estudios que sobre este fenómeno de la violencia han publicado investigadores colombianos y extranjeros, (los llamados «violentólogos»), ha contribuido a alimentar la idea errónea de que la violencia es lo que realmente define a la nación colombiana. En esto, como queda dicho, la obra de LaRosa y Mejía contrasta con trabajos anteriores en que intenta un balance más equilibrado entre la violencia y aquellos hechos que explican por qué el país ha conseguido sobrevivir a sus tragedias y permanecer como una de las democracias más viables de América Latina.

Otro capítulo que encontré de gran interés, por ser una buena síntesis, fue el primero, «Origins». Su tema central son los conflictos que enfrentaron los líderes de la Primera República (1811-1815) para mantener cohesionado el territorio, bajo un mandato centralizado, cuando la opinión se encontraba dividida y las regiones del país se mantenían en un aislamiento autárquico. Una mayoría de la clase política de entonces era federalista y apoyaba la idea de que se conformaran repúblicas autónomas de las distintas gobernaciones. Pero no se había logrado un consenso sobre la forma de gobierno que se debía adoptar. Solo hasta 1814 las Provincias Unidas pudieron finalmente someter a Cundinamarca bajo un régimen federal, cuando ya los ejércitos de Pablo Morillo cruzaban el Atlántico para

reconquistar sus antiguas colonias. A lo largo de este capítulo se examina una serie de acontecimientos decisivos para la gesta independentista y para lograr la cohesión política y territorial de Colombia. Son acontecimientos que se suceden a partir de 1808 hasta la desintegración de la Gran Colombia, en 1830. Los autores se esfuerzan por mantener una perspectiva comparativa de aquellas transformaciones ideológicas, políticas, económicas y territoriales asociadas a cambios ocurridos de manera simultánea en el mundo Atlántico.

El capítulo cuatro, «The Cadence of Unity» («La cadencia de la unidad») trata de lo que los autores consideran fueron las fuerzas primarias que forjaron la unidad nacional. Explican que esas fuerzas, en un país caracterizado por el aislamiento regional, fueron, en primer lugar, los partidos políticos, que se configuraron bajo ideologías a partir de mediados del siglo XIX. Algunas de las fuerzas secundarias que contribuyeron a la unidad nacional fueron la historia común, la religión, el idioma, el ejército y el circulante monetario. Tal vez habría que mencionar aquí, como complemento de lo dicho, otros factores que contribuyeron a la cohesión territorial, como la constitución centralista de 1886. Para el siglo XX cabe mencionar la construcción de una red vial desde la década de 1930, el radio transistor y la televisión, la urbanización y el crecimiento poblacional, cuando la población colombiana se multiplicó por nueve.

El capítulo siete muestra cómo la geografía, (topografía y clima) fue un factor determinante del lento desarrollo de los medios de transporte y de las comunicaciones. El capítulo ocho «Cultural Dynamism» («Dinamismo cultural») trata de la riqueza cultural. Allí los autores centran su argumentación en lo que llaman «las contribuciones originales (“uniquely”) de Colombia a la cultura mundial.» La relación que hacen de estos aportes incluye el siglo XVIII ilustrado, así como la obra de unos pocos pintores y escultores reconocidos en el ámbito internacional. Incluyen también listados ya conocidos de novelistas y poetas clásicos que traen los manuales de literatura colombiana, como son José Asunción Silva, Jorge Isaacs, José Eustacio Rivera, Miguel Antonio Caro, Soledad Acosta de Samper, José Manuel Marroquín, Guillermo León Valencia, Tomás Carrasquilla, para finalizar con Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Fernando Vallejo, y Manuel Zapata Olivella. Algo muy breve sobre el teatro y la televisión colombiana y sobre la riqueza de la música folclórica regional completan el cuadro cultural. Creo que este capítulo se habría beneficiado con una mirada más amplia de la cultura, que abarcara la periferia colombiana. Por ejemplo, no hay mención alguna del cine colombiano, que tiene alcance internacional y destacados directores tanto en Bo-

gotá como en el Valle del Cauca («Caliwood») y Antioquia. Tampoco menciona al Festival de Cine de Cartagena, fundado en 1960, uno de los más antiguos de América Latina, y que se ha destacado en los últimos años por la calidad y la variedad de su muestra cinematográfica.

Los tres últimos capítulos se centran en la diversidad cultural del país («Cultural Dynamism»), las costumbres más arraigadas del colombiano promedio («Daily Life»), y las relaciones internacionales con los vecinos de patio, con los del norte, incluyendo el Plan Colombia, y con Europa («Colombia and the World»).

El libro de LaRosa y Mejía es un buen trabajo de síntesis de la historia de Colombia, que refleja cabalmente el profundo conocimiento de los autores sobre los avances de la historiografía colombiana, es decir, del conocimiento de lo que se ha escrito sobre Colombia, utilizando tanto textos anteriormente publicados como los más recientes. Como corresponde a todo buen trabajo de síntesis.

MARÍA TERESA RIPOLL
Universidad Tecnológica de Bolívar

REFERENCIAS

- Bushnell, David (1996), *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*, Bogotá: Editorial Planeta.
- Jaramillo Bernal, Laura (2013), «The Optimist's Colombia», *Harvard Review of Latin America*, Harvard University, Cambridge, Vol. XIII, No. 1, Fall 2013.
- Safford, Frank, y Marco Palacios (2002), *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá: Editorial Norma.